



Poesía de lo imposible. Gerardo Diego y la música de su tiempo.

Ramón Sánchez Ochoa. Valencia, Pre-Textos, 2014, 352 pp.

La intensa relación de Gerardo Diego con la música ha sido siempre reconocida y estaba, si no estudiada a fondo, razonablemente esbozada. También conocíamos su relación con la pintura, menos importante por el sencillo hecho de que Gerardo no fue nunca pintor y sí un buen pianista. No fueron estos los únicos lazos que el escritor santanderino

mantuvo con el arte (dejo a un lado, obviamente, el arte literario), pero estos otros aspectos apenas han sido analizados en profundidad hasta ahora, lo que es lástima, pues unos y otros se entrelazan a menudo con lo musical: los problemas que plantea el conocimiento estético, es decir, el no exclusivamente lógico, son comunes a todas las artes, y unas ayudan a las otras. Para contextualizar el libro que reseñamos, veamos cómo se ha enriquecido la bibliografía “gerardo-dieguiña” en estos campos y en los últimos años.

En cuanto a la pintura, y en edición del gran especialista Julio Neira, ha aparecido el volumen *Diego, Gerardo, Pintores*, Málaga, Museo Picasso, 2012, con breve pero experta introducción y una selección de poemas sobre pintura y pintores contemporáneos al poeta. Tengo en mente una selección que contemple también a los

pintores antiguos, para un libro que se titulará *Gerardo Diego, artista*. Destinados a este libro ya he publicado dos trabajos: “Gerardo en el cinematógrafo”, en el Cartapacio Gerardo Diego de *Turia. Revista Cultural*, 102-103 (marzo-mayo de 2012), pp. 255-269, mostrando la intensa relación con el cine tan típica de uno de los componentes de la Generación del 27, pero antes ignorado a este respecto; y “Gerardo Diego, escultor”, en Zalama Rodríguez, Miguel Ángel y Mogoílón Cano-Cortés, Pilar, *Alma Ars. Estudios de Arte e Historia en Homenaje al Dr. Salvador Andrés Ordax*, Valladolid, Universidad de Extremadura—Universidad de Valladolid, 2013, pp. 455-461, un aspecto absolutamente inédito de Gerardo Diego, autor sin embargo de alrededor de un centenar de poemas sobre este asunto. Estoy ultimando el que se llamará “Gerardo Diego, arquitecto”, y planeando

el que podría titularse “Gerardo Diego, fotógrafo”. Y alguno más.

Volviendo a la música, la cosecha ha sido aún mejor, y más reparada. En 1911 apareció el libro de Benavides, Ana, *Gerardo Diego y la música*, Santander, Universidad de Cantabria. En 2012, y en el ya aludido Cartapacio Gerardo Diego de la revista *Turia*, aparecieron sendos trabajos de Ramón Sánchez Ochoa y de la hija mayor del poeta, Elena Diego, ambos relacionados con la música. También en ese año fue editado mi “Gerardo ante el piano” en una revista ya desgraciadamente desaparecida y siempre bastante incógnita: *Ars et Sapientia. Revista de la Asociación de Amigos de la Real Academia de Extremadura*, XIII (abril de 2012), pp. 111-144: dicho artículo también irá en el libro que me traigo entre manos, junto a otros que podrían titularse “Gerardo y el violín”, o “Gerardo tañe el arpa”,

etc. Y ese mismo año apareció, por fin (reconozco que estuve muy pesado), mi Diego, Gerardo, *Poemas musicales* (Antología), Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas 701), 2012, con amplísima introducción de 170 páginas y 140 poemas músicos con sus correspondientes comentarios.

Por último, de nuevo en 2013, un jurado compuesto por los profesores Ricardo Senabre, María del Pilar Palomo, Rosa Navarro, Antonio Sánchez Trigueros y Francisco Javier Díez de Revenga otorgaban por unanimidad a Ramón Sánchez Ochoa, por el libro que estoy reseñando, el XIII Premio internacional “Gerardo Diego” de investigación literaria; libro que acababa de aparecer en abril de 2014 en una edición espléndida de la muy pulcra editorial valenciana Pre-Textos y la Fundación Gerardo Diego.

El libro en sí es no menos esplén-

dido, por lo que estamos ante un buen concierto de continente y contenido. Procede de una tesis doctoral; una doble tesis doctoral, en realidad, pues fue dirigida por nuestro gran hispanista musical Louis Jambou para el título de doctor en la Université Paris Sorbonne–Paris IV, y luego por Frédéric Billier y Román de la Calle para el de la Universidad de Valencia–Estudio General. Pero no hay que asustarse, pues el libro ha borrado casi del todo esa procedencia, generalmente prolija, pesada y farragosa, repleta de lo que el jesuita dieciochesco Esteban de Arteaga llamaba “erudición inútil”, y ha sido convertido en un ensayo que, además, está muy bien escrito y se lee, por lo tanto, estupendamente.

El trabajo se compone de siete capítulos, precedidos de una enjundiosa Introducción. El primero, “Gerardo Diego, músico”, es un repaso bien planeado

de la vida del escritor desde el punto de vista que ahora le interesa, el musical; como mi introducción a la antología de Cátedra se titula del mismo modo, y no creo que sea ningún halago ni homenaje, la coincidencia podría quizás haberse evitado. El segundo capítulo está dedicado a “Fauré o la poesía elíptica”; el tercero, a “Debussy o la música liminar”; el cuarto, a “Ravel o la música despierta”; el quinto, a “Falla o la música desnuda”; el sexto, a “Esplá o la metáfora levantina”, tal vez el que presenta más novedades; por último, un séptimo capítulo, “Poesía de lo imposible”, explica y analiza el rótulo que ha dado definitivamente al libro y elucubra con acierto sobre la semanticidad o asemantividad del lenguaje poético (muy distintas en las dos principales facetas poéticas de Diego, la tradicional y la vanguardista) y las del lenguaje musical.

Se acompaña con unos útiles anexos: el

primero, una selección de unos cincuenta poemas de Gerardo Diego, y el segundo, una selección de fotografías, programas de conciertos escuchados y de conferencias-conciertos dados por el poeta, portadas de partituras dedicadas y cartas enviadas o recibidas. Sigue el apabullante aparato de notas, de más de cuarenta y cinco páginas (a mí me siguen gustando más al pie de página, porque si no me paso el tiempo *hojeando* el libro, en ver de *ojarlo*, y eso es lo que me ha pasado con este), la no menos “aparatoso” bibliografía, casi completa, y donde incluye una relación de unos trescientos noventa escritos en prosa y sobre música de Gerardo Diego, además de los índices, especialmente útil el onomástico porque ayuda a “trabajar” con el libro.

Es ahí, en el correcto manejo de la prosa musical de Gerardo Diego (no editada aún en su mayor

parte, ni reeditada la que apareció en revistas y periódicos —soy uno de los “culpables” de tal situación— y en su inevitable enlace con su poesía o la de los poetas, antiguos o modernos que Diego admiraba, donde en mi opinión se cimenta el éxito de este libro, pues para Ramón Sánchez Ochoa estos escritos no tienen ya ningún secreto y los maneja con envidiable soltura. Es pues el más indicado en la actualidad para abordar el plan de su edición, y eso también sería un verdadero alabonazo en los estudios sobre el poeta cántabro, ya que pondría en la mesa de todos un material abundantísimo de datos y juicios de valor que aclaran los pasajes oscuros que todo poema contiene, tanto los de expresión clara como los vanguardistas (y así algunos no nos romperíamos los ojos descifrando oscuras fotocopias, casi tan antiguas como incunables). También hace

buen uso, aunque algo más parco, de las innumerables notas al programa que don Gerardo escribió para los conciertos de la Orquesta Nacional, y otras. Pero además, Sánchez Ochoa conoce bien el epistolario que Diego cruzó con los músicos de su tiempo, domina su biblioteca musical (de la que ya se hizo hace tiempo un catálogo) y en ella las partituras que recibió o que adquirió para sus actividades musicales, incluso las que aún se conservan en la biblioteca particular de su hija Isabel... En definitiva, todo ello es lo que explica y aclara la facilidad con la que se adentra en problemas estéticos de correspondencia entre las artes (la mayor parte de las veces, entre música y poesía, aunque no son los únicos, como ya indiqué), los que sin ese soporte de conocimientos previos se convertirían en verdaderos galimatías o, lo que es aún peor y más frecuente, se nos pro-

pondrían *soluciones* erróneas.

Hay páginas admirables en este libro, que nos descubre facetas nuevas en un arte poético tan bien estudiado como el de don Gerardo. Así, la división que se nos propone del tríptico dedicado a la música de Fauré, el famosísimo *Preludio, Aria y Coda*, como un poema en dos partes: el “Preludio” y la “Coda”, efectivamente basados en la música del francés, mientras que el “Aria” no es en realidad faureana, sino que aborda el hecho musical en abstracto. Y es también muy brillante la búsqueda y el hallazgo de sus “intertextualidades”, desde el Génesis y San Juan, a Fray Luis y Lope...

Hay también, ¡y cuándo no!, pasajes más discutibles; en la página 27, por ejemplo, se habla de “la versión de pantomima de *El amor brujo* bailada por Antonia Mercé, La Argentina”; no falsea la realidad, puesto que esta

versión definitiva para ballet de lo que había nacido diez años antes en otro género teatral contiene en efecto una pantomima (el antiguo Intermedio), pero nadie hasta ahora había sentido la necesidad de llamarla así. Y hablando de Manuel de Falla, en la página 35 se le sitúa entre los miembros de la llamada “Generación de los Maestros” (es decir, en la generación musical paralela a la llamada Generación del 14, la de Ortega o Gómez de la Serna o Pérez de Ayala, para entendernos): estoy entre los muchos que no le situamos ahí. Al final de la nota 68 del primer capítulo (p. 268), donde resume la relación de Diego con Rodrigo, se afirma pudorosamente: “La amistad con Joaquín Rodrigo se enfriaría después por desavenencias personales”. Pero todo el mundo supo en su momento, y hoy también lo sabemos, en qué consistieron esas “desavenencias”: tal vez un repaso a mi libro *El arte*

de Joaquín Rodrigo, Madrid, Fundación Autor-SGAE, 2003, no recogido en la bibliografía (y tampoco mi *Manuel de Falla y El amor brujo*, donde se habla también mucho de Gerardo Diego, ni alguna otra cosilla más), le hubiera aclarado la cuestión; o, si no

deseaba mencionar el hecho, hubiera podido remitir allí al lector deseoso de saberlo. Y también echo de menos una relación cronológica de los libros de Gerardo con sus datos editoriales, datos que se dan desperdigados en las notas pero que serían

más útiles todos juntos y que no ocuparían más de dos páginas.

En todo caso, y dejando al margen estas minucias, estamos ante un libro impresionante, un verdadero modelo de musicología moderna y en difícil territorio

fronterizo. Enhorabuena al autor. ■■■■■

ANTONIO GALLEGO
Historiador del Arte
y Musicólogo
(Real Academia de
Bellas Artes
de San Fernando)